

fortaleza increíble de su espíritu le permite reír y jugar infantilmente con el genio y sus hijos, a fin de que ni aquél ni éstos sospechen todo el horror que les aguarda. Sólo en la noche, cuando los niños duermen y Roberto se ha quedado tranquilo, Clara deja correr las lágrimas.

Pasan así dos o tres años duros, terribles, en los que las crisis de Roberto adquieren una intensidad mucho mayor. A pesar de lo cual Clara, desoyendo los consejos de médicos y amigos, se niega a recluirle en el manicomio. Más que un milagro divino que pueda aliviarle de su dolencia progresiva, confía en el milagro humano de sus cuidados realmente insuperables. Pero todo es inútil. El lunes de Carnaval de 1854, Roberto convalece de un reciente paroxismo cerebral de enorme violencia. Pero el bullicio de las comparsas callejeras, que en medio de una algazara delirante se dirige al «Baile de los locos», organizado por los jóvenes pintores de Düsseldorf, le excita hasta tal punto que, aprovechando una ausencia momentánea de Clara, escucha la vehemente llamada de aquellas máscaras vociferantes, que en nada recuerdan a las de su famoso «Carnaval». Precipitadamente, se viste a medias, y empuñando como si fuera un cetro un rollo de papel pautado, emborronado de notas incongruentes, se lanza al tumulto gritando desahogado que es un mensajero celestial. Sin reconocerle, las gentes le aclaman divertidas creyéndole un borracho, le zarandean y se lo llevan en volandas camino adelante por las calles, hasta que muy cerca del Rhin se cansan del loco y le abandonan. Schumann se encuentra solo y perdido en la noche. El susurro del río le atrae. Y lentamente, tambaleándose como un sonámbulo, llega hasta el puente, se encarama en el pretil, y, repitiendo a voz en grito que

es un mensajero divino, se arroja de cabeza a las aguas negruzcas, plateadas a trechos por la luna. Milagrosamente, algún pescador o algún barquero ha oído sus gritos desgarradores y el choque de su cuerpo contra las ondas mansas, y a golpe de remos llega hasta donde el pobre loco chapotea y logran extraerle aún con vida.

Ya no hubo modo de impedir lo que tantos años trató de evitar Clara. El internamiento en un manicomio —mucho más triste que la muerte— se impone. En la casa, deshecha, quedan con Clara seis hijos pequeños. Un séptimo, nacerá con el padre ya recluido. El dolor está a punto de volver loca también a la serena y enamorada Clara. Pero el sentimiento del deber es en ella más fuerte que la pena, por lo que recobra rápidamente sus energías. La admirable mujer ha de trabajar con mayores bríos que nunca para sostener el hogar y proporcionar toda clase de comodidades a Roberto en el horrible lugar donde se encuentra. Ha de ordenar y poner en limpio los manuscritos inéditos que dejara, para dárselos a conocer al mundo. Ha de vivir, y luchar, y recordar y lo hace con un temple verdaderamente heroico. Sólo una cosa es superior a las fuerzas titánicas de su espíritu: ver a Roberto en su celda del manicomio...

Transcurren así dos años, en los que se producen algunos paréntesis de calma, en que Schumann escribe a su mujer cartas razonables y pacíficas, hablándole de música y de los niños. Pero en seguida siguen malas noticias de nuevos ataques y desvaríos. Hasta que, al fin, en el estío de 1856, Clara recibe un aviso urgente del director del manicomio de Eendenich. Roberto se ha agravado súbitamente y es menester que Clara acuda a verle. Venciendo el horror que el manicomio le inspira, no vacila en